

Artículos no temáticos

Niños víctimas de genocidio. Traumatismo extremo y “afecto propulsor”¹

Suzanne Kaplan

INTRODUCCION

Existe un creciente interés por los aspectos interdisciplinarios de las raíces del genocidio así como por comprender sus consecuencias para los traumatizados. Sin embargo, hasta el momento ha habido pocas investigaciones sobre la regulación del afecto en las víctimas y, específicamente, sobre las experiencias psíquicas de los niños después de un genocidio.

La Fundación Historia Visual de los Sobrevivientes de la Shoah (Internet) ha llevado a cabo extensas entrevistas grabadas en video. Como coordinadora de este proyecto en Suecia vi en dicho archivo un recurso singular para la investigación. Mi objetivo es encontrar indicadores de los fenómenos psicológicos que surgieron en los relatos de vida de los sobrevivientes que habían sido niños durante el genocidio y analizar tales fenómenos. Confío en ampliar mis conocimientos sobre los niños y el traumatismo extremo en mi práctica psicoanalítica y en los estudios que realizo dentro de un departamento universitario interdisciplinario.²

Mi interés surgió luego de realizar extensas entrevistas con dos mujeres que sobrevivieron al Holocausto. Cuando los países en los que nacieron fueron ocupados por los nazis ambas tenían ocho años.

¹ Kaplan, S. “Children in genocide: extreme traumatization and the ‘affect propeller’”. *Int. Journal Psycho-Anal.* (2006). 87: 725-746. ©Institute of Psychoanalysis, London, UK. Trabajo presentado en el 44º Congreso de la IPA, Río de Janeiro, 28-31 de julio de 2005.

Traducido por Leandro Wolfson.

² Programa para el Holocausto y los Estudios sobre el Genocidio, Universidad de Uppsala.

Ese trauma parece haber sido un factor central en cuanto a su actitud respecto de tener hijos propios: se habían abstenido activamente de traer hijos al mundo.

Una de ellas, Anna, dijo en voz alta: “Tuve dos abortos *porque yo misma era una niña*”.³ Esta declaración sirvió de base para plantear una pregunta que sigue teniendo gran importancia: ¿qué significado tiene la edad de un niño y su concepción de la edad durante el genocidio y después de él, en cuanto a la posibilidad de conservar la sensación de guardar vínculos internos con personas significativas, y en qué sentido tales vínculos internos son como un salvavidas que permite relacionarse con la generación siguiente? El tema de la reproducción parece ser un “punto focal” que se enlaza con distintas experiencias traumáticas de las persecuciones, dando por resultado que las mujeres sobrevivientes de traumas infantiles se abstienen de traer hijos al mundo –o, por el contrario, deciden tener muchos hijos, que para mí son dos caras de la misma moneda. Este tema me llevó a estudiar más a fondo los relatos de vida de mujeres y hombres que habían sobrevivido al Holocausto siendo niños (Kaplan, 2000, 2002) y, más tarde, de los adolescentes que sobrevivieron al genocidio de 1994 en Ruanda. Lo que entonces vi como un quiebre de la reproducción se manifestó luego como un aspecto importante del “colapso generacional”.

Mi punto de partida fueron 40 entrevistas grabadas en video con sobrevivientes que eran niños durante el Holocausto y 12 entrevistas con adolescentes, también grabadas en video, llevadas a cabo en Ruanda. Al analizar las entrevistas se pudo tomar conciencia de ciertos fenómenos psicológicos con respecto a los cuales los sobrevivientes probablemente no buscaron ayuda psicoterapéutica (suponiendo que hubieran tenido esa posibilidad) debido a que en su historia había afectos e imágenes mnémicas que sólo querían olvidar. Por lo tanto, estas entrevistas pueden considerarse un complemento de la labor psicoanalítica. Versan sobre situaciones que no podemos imaginarnos experimentar nosotros mismos o, en las palabras de Grubrich-Simitis (1984), sobre “afectos primitivos inimaginables”.

³ Entrevista realizada por la Fundación Historia Visual de los Sobrevivientes de la Shoah, Estocolmo, Suecia, 23 de noviembre de 1997, Cinta 5, 25:19:20–29:16:14.

NIÑOS PERSEGUIDOS

Los niños sufrieron particularmente el Holocausto. En los países ocupados por los nazis sólo sobrevivieron el 11% de los niños judíos (Dwork, 1991). Cuando hablo de “Holocausto” quiero significar todo el período nazi que va de 1933 a 1945, ya que las persecuciones fueron preparadas con anterioridad a la fecha en que comenzaron.

Anna, que a la sazón tenía 11 años, describe así cómo fueron llevados los judíos a los vagones para ganado:

“-Esa mujer tenía una almohada consigo. Todos estábamos muy sorprendidos. Me preguntó si quería quedarme parada junto a ella. Entró al vagón con esa almohada y se quedó parada, no podíamos sentarnos. En realidad, apenas podíamos permanecer parados uno junto al otro. Todos te empujaban era horrible, no te puedes imaginar. Todos trataban de respirar, y la única posibilidad era acercarse a una pequeña grieta que había en uno de los lados.

-¿Recuerdas lo que pensaste en el vagón?

-*Una no pensaba, estaba espantada...* Todos querían acercarse a la grieta, pero no se podía. [...] Y luego, cuando llegamos a Latvia, a Riga, los vagones se detuvieron y sus grandes puertas se abrieron. Los rusos, los ucranianos empezaron a gritar, es imposible describirlo. Entraron como salvajes en todos los vagones diciéndonos ‘¡fuera, fuera!’ Como te imaginarás, la beba [la almohada era en verdad una beba] se despertó. La mujer estaba tratando de hacer dormir a su hija, pero ésta se despertó y empezó a llorar. Todo el mundo estaba sorprendido. ¡Una bebita! Entonces vino un ucraniano y nos golpeó y empujó y quiso saber de dónde venía el llanto, y tiró a la bebita al piso y la golpeó con las botas hasta que se murió. Y cuando llegamos a Estonia, la madre se quitó la vida... se quitó la vida”.⁴

En Ruanda se orquestó un genocidio dirigido por los extremistas hutus que en muchos aspectos se asemejó a las atrocidades cometidas por los nazis durante el Holocausto. La finalidad principal era el exterminio de un pueblo (Melvern, 2000). La organización Human Rights Watch (2003) informó que, según se ha estimado, hoy existen como consecuencia de esa matanza 400.000 niños huérfanos (más del 10% del total de niños de Ruanda). Las causas fueron a la vez el genocidio y el VIH/sida resultantes de las violaciones cometidas en

⁴ Idem, Cinta 3, 0:14:21-12:54:25.

su transcurso. Pudimos realizar entrevistas en profundidad en dos oportunidades, separadas un año entre sí, con siete varones adolescentes de Ruanda que vivieron en la calle después del genocidio (Kaplan, 2005).⁵

Frédéric, que tenía nueve años cuando se produjeron los episodios en el puesto de control de la carretera, los relata así:

“Allí detenían a todos y les preguntaban si eran hutu o tutsi. Cuando llegamos, nos preguntaron si sabíamos a qué grupo étnico pertenecíamos. Uno de ellos nos dijo que le mostráramos las palmas de las manos porque así iba a darse cuenta. Dijo que los hutus no tienen en la palma una raya que la cruza en forma recta pero los tutsis sí. Mientras yo me inclinaba para abrir las manos, uno de ellos agarró a la hija de mi hermana. [...] Después se volvieron a mí, me sacaron al bebé de la espalda y me tiraron sobre cáscaras de café ardientes que me quemaron por todas partes mientras ellos se reían. Después de un tiempo, me sacaron del fuego y me arrojaron a una laguna cercana, pensando que me iba a ahogar. Fue bueno que me hubieran sacado al bebé porque yo no habría podido transportarlo, todo quemado como estaba. Grité fuerte y uno de ellos dijo: ‘¿Por qué no terminamos con este imbécil e impedimos que siga alarmando a los demás?’”⁶

La extrema crueldad de estos actos –más dolorosos aún por ser selectivos– puede haber afectado a los niños sobrevivientes de ambos sexos en su identificación con el niño menesteroso. Partí de la base de que, en ocasión de un hecho traumático inesperado y anormal, el traumatismo extremo es *experimentado* de igual manera en todas las culturas. No obstante, la vulnerabilidad y la historia de cada uno influye en su manera de *regular la angustia*, tanto durante el suceso traumático como después de él. Esto se aplica en particular a los traumas ocasionados por el ser humano, y en menor medida también a las catástrofes naturales. Sgoifo et al. (1999, citados en Schore, 2003a) describen por qué los factores estresantes de origen social son mucho más dañinos que los no sociales, y afirman que, por ende, el apego al medio social o “trauma relacional” tiene efectos más

⁵ En las entrevistas participó un intérprete. Las respuestas de los adolescentes en su lengua local, llamada “kineyarwanda”, fueron luego minuciosamente traducidas al inglés y transcriptas por un traductor ruandés.

⁶ Entrevista de S. Kaplan en Kigali, Programa de Uppsala, 11 de enero de 2003.

perjudiciales en el cerebro del niño que los ataques provenientes del medio físico inanimado. De ahí que una de las líneas directrices de este artículo es la importancia de tener un espacio psíquico propio.

SUCESO TRAUMÁTICO ÚNICO, TRAUMAS ACUMULADOS, TRAUMAS CONTINUOS

En este trabajo nos ocupamos de los traumas ocasionados por el ser humano. Diferencio un suceso traumático único –por ejemplo, cuando un niño es atacado y humillado por sus compañeros en el patio de juego de la escuela, donde hay adultos que pueden ocuparse de él y ayudarlo a poner en palabras lo acontecido– de los traumas repetidos y prolongados, en los que la víctima no tiene acceso a ese *espacio psíquico*, como en un genocidio. En el primer caso, es posible hablar sobre lo ocurrido, elaborar el suceso; en el segundo, el niño registra lo que pasó como un sentimiento de pánico en el cuerpo. “Una no pensaba”, dijo Anna, y es un comentario frecuente en los entrevistados; se produce una interrupción del pensamiento. Se imprime en el cuerpo una imagen o sonido percibido, tal vez la voz del perpetrador, y el acontecimiento no puede dejarse atrás como un recuerdo, según hacemos habitualmente con los recuerdos. Permanece más bien como un malestar corporal inexpresable. A raíz de las dificultades para tramitar la angustia aparece una escisión en el *self*. Los individuos que experimentaron un abuso en su temprana infancia desarrollarán tal vez reacciones disociadoras ante traumas posteriores (Bremner, 1999, citado en Schore, 2003a). La disociación es una compartimentalización de la experiencia que se almacena en la memoria como fragmentos aislados, percepciones sensoriales, estados afectivos o nuevas puestas en acto de conductas (Van der Kolk y Fisler, 1995). Desde un punto de vista psicoanalítico debe subrayarse la relación entre la realidad interna y la externa (Varvin, 2003). Esto explica las narraciones fragmentarias y las súbitas reacciones corporales desencadenadas por hechos de la vida diaria. Como dice Schore, “la persona no es consciente de que su temor se origina en un cierto espacio, lugar y momento” (2003a, pág. 258). Podría describirse como una nueva puesta en acto traumática, codificada en la memoria implícita.

En muchos países existen traumas continuos y permanentes. La única experiencia que los niños conocen es la de vivir rodeados por

conflictos políticos, siendo testigos de la violencia y la muerte y esto agrega una nueva dimensión a la teoría del trauma. La historia de la región es importante y la extrema pobreza debe considerarse un factor central en el inicio de un proceso genocida (Staub, 1989).

METODO

Mediante el psicoanálisis de la historia de los sobrevivientes llegamos a saber de qué manera los recuerdos pasan a formar parte del mundo del individuo. Rubovits-Seitz (1998, pág. 294) distingue dos niveles de la teoría psicoanalítica que facilitan la comprensión de lo que entendemos por psicoanálisis aplicado. El primer nivel se relaciona con los conceptos metodológicos básicos, como los de inconsciente, defensa, significado, y la importancia de la infancia; estos conceptos fundamentan las interpretaciones, clínicas o no. Es la forma básica de escucha analítica. El segundo nivel se refiere a teorías clínicas “específicas”, que son construcciones provisionales que podrían tener aplicación ya sea en la clínica (v. gr., el *Nachträglichkeit* o “con posterioridad”) o en entrevistas. Escuchar, en este nivel, podría “aplicarse” mejor a construcciones preconcebidas, pero estos modelos de pensamiento podrían interferir con la construcción, por parte del individuo, de significados personales singulares. En este estudio traté de dejar de lado mis preconceptos e hice un esfuerzo para permanecer abierta al material y dejarme sorprender por cada entrevistado. Esto también se conecta con mi interés por las concepciones interdisciplinarias. De ahí que haya utilizado hipótesis generadas por los conceptos nucleares, así como modelos relevantes de pensamiento en relación con el material de la entrevista (Kaplan, 2000).

Utilizando la teoría fundada en el método (Glaser, 1978), me he visto llevada a “pensar conceptualmente”. Este método procura crear modelos teóricos a partir del desarrollo de hipótesis bien fundadas en los datos, la relación entre los conceptos, y las teorías sobre los procesos psicológicos y sociales. Esto tiene semejanzas con la labor psicoanalítica. He puesto el énfasis en la forma de expresión de los entrevistados –tanto en su contenido como en los afectos. Examiné de qué manera estos conceptos se vinculan entre sí hipotéticamente dentro de campos asociativos, *qué* presentan los entrevistados en sus relatos de vida y *cómo* lo presentan.

TEMAS QUE SURGEN EN LAS ENTREVISTAS

Ciertos fenómenos particularmente notables de las entrevistas se fundan en percepciones sensoriales de las descripciones parciales y fragmentarias de las persecuciones sufridas y en los afectos que se tornan visibles en el lugar donde se realiza la entrevista cuando el sujeto habla acerca de tales experiencias. Tuvieron gran importancia para mi comprensión las personas significativas, así como los objetos de enlace mencionados. Declaraciones reiteradas se conectaban, a menudo, con “mirar la cara de los adultos” y con “mirar por las ventanas”. Interpreté estas declaraciones como fronteras significativas de experiencias situadas entre el mundo psíquico interno y el mundo externo. Estas observaciones coinciden con los amplios estudios de Schore (1994) sobre la reacción afectiva del cuidador primordial del niño –los cruces mutuos de miradas y las expresiones faciales de la madre. La vulnerabilidad de los niños mayores a la mirada de la madre probablemente signifique que comprenden su inmensa importancia durante los sucesos traumáticos. En las entrevistas, la expresión de los afectos oscilaba entre súbitos llantos sin palabras y narraciones coherentes con un contacto visual más relajado.

EL COLAPSO GENERACIONAL COMO PROCESO NUCLEAR

He denominado “colapso generacional” a la preocupación fundamental de los sobrevivientes, el proceso nuclear al cual parecen estar ligados la mayoría de los indicadores de las historias de vida. Generan este proceso dos conceptos nucleares que he llamado “perforación” y “creación de un espacio propio”, así como la interacción que se da entre ellos. La “perforación” se refiere a las inconcebibles crueldades a que sometieron los nazis a los judíos y los extremistas hutus a los tutsis, en su respectiva persecución sistemática. Pertenecen a esta categoría todas las formas de acciones externas llevadas a cabo por los perpetradores y descritas desde la perspectiva de los perseguidos. La “creación de un espacio propio” es mi modo de designar los procesos psíquicos internos mediante los cuales los perseguidos crean su propio espacio psíquico para pensar y actuar en condiciones mínimas de supervivencia y que ellos mismos describían en las entrevistas. Mediante el empleo de un

sustantivo activo para estos conceptos pretendo destacar que son procesos en curso.

PERFORACION

De pronto, la expresión facial de los adultos y el clima del hogar cambiaban radicalmente. Ya sea que los padres “discutieran” algo o que “permanecieran en silencio”, el niño comprendía que algo estaba por suceder, pero no sabía qué. Su inquietud era “difusa”. En las palabras de Sandor, era un sentimiento de “peligro y vulnerabilidad [...] el peligro se arrastraba aproximándose cada vez más a la piel”.⁷ Cuando la coraza psíquica es perforada por las percepciones sensoriales las generaciones son destruidas, disueltas. Figurada y literalmente la membrana psíquica se “llenaba de agujeros” *invadiendo los sentidos* (a veces se abre paso y destruye, como una voz aterradora), *desmembrando* (se quita algo –miembros de la familia, objetos y rutinas esenciales– y queda un vacío) y *marcando el cuerpo* (ya sea de modo real o simbólico, como sufrir abusos, tener que marcar las ropas con la Estrella de David o la “t” de los tutsi en la cédula de identidad, o establecer una diferencia racial, como sucedía con la mano de Frédéric). Las percepciones sensoriales dejan su “impronta” en la personalidad.

CREACION DE UN ESPACIO PROPIO

La preocupación de los niños por las expresiones faciales de sus padres, así como la orientación espacial, probablemente constituyeran una manera de sopesar la posibilidad de crear un espacio donde *recuperar la vida* como cuando ésta era “normal”. La *creación de un espacio propio* se refiere a un cuarto psíquico que el individuo crea de niño según sus necesidades. Puede relacionarse con un espacio real donde esconderse por un tiempo, digamos. Pese al espacio mínimo con que los perseguidos contaban en las condiciones de vida predominantes durante el genocidio, en los relatos aparecen asociados atisbos de experiencias provenientes del fantaseo de los niños en

⁷ Entrevista realizada por la Fundación Historia Visual de los Sobrevivientes de la Shoah, Estocolmo, Suecia, 1996, Cinta 2, 21:26:14–24:14:13.

relación con los hechos traumáticos. Es probable que esas experiencias fueran un requisito para seguir viviendo y constituyan temas significativos de la existencia humana: la reparación del trauma. Aun cuando la situación estaba invadida por el terror, en situaciones nuevas podía haber momentos de “entusiasmo”.

Edith fantaseó que veía un niño junto a un árbol, a la distancia, a través de un pequeño orificio que había en el vagón del tren en que las víctimas eran transportadas a los campos de concentración. Pudo así “salir” mentalmente de la situación aterradora y, por un momento, sentirse “viva”. Al destacar estos momentos, sentimos que los entrevistados pueden haber utilizado estrategias mentales para crear vínculos con imágenes internas de personas y sucesos importantes de modo de evitar la “perforación” y el temor a morir. Ciertas ropas, pequeños objetos y muñecos, demostraron servir como *objetos de enlace* esenciales. Tanto la cultura como la religión vienen en apoyo de este proceso. Al referirme a una “estrategia” mental quiero decir que en esas situaciones el proceso estratégico/creativo surge principalmente sin pensarlo, a partir de las necesidades existenciales. Los fenómenos que, a mi entender, están en la base de la creación de un espacio propio son el *pensamiento-fantaseo* y el *pensamiento-acción*.

Le pregunté a Jean, un adolescente ruandés, qué cosas le venían a la mente en forma constante. Su respuesta ilustra la dinámica entre la perforación y la creación de un espacio propio:

“Lo que me viene a la mente continuamente es la forma en que murió mi hermana.[...] Mientras yo andaba vagabundeando por Kigali, durmiendo en cualquier parte, saltando por encima de los cadáveres, etc., pensaba en mi hermana, a quien no encontraba aunque me habían dicho que estaba viva y me sentí muy mal. Ella no era muy grande cuando murió, porque solíamos jugar juntos cuando íbamos a la iglesia. Me contaron cómo murió. Le pegaron con un martillo en la cabeza y después se la llevaron en una motocicleta y la tiraron muy lejos. Lo que más me dolió fue que el hombre que la mató era vecino nuestro, venía a asar carne cerca de casa. Siempre pienso que, si lo viera, también lo mataría... y eso es lo que más me perturba. En esa época estaban buscando jóvenes para enrolarlos en el ejército, y cada vez que recuerdo al hombre que mató a mi hermana quien era un conocido de mi padre, tengo ganas de enrolarme en el ejército para darle caza y matarlo. Siento que, aunque me descubrieran y me

matasen, yo habría vengado a mi hermana. Mientras yo seguía en las calles fumando marihuana, solíamos ir a un lugar [...] y allí trataron de que yo dejara de pensar en vengarme, me bañaron, me dieron de comer, y empecé a ser un chico normal. Entonces me sentaba junto a ellos y les contaba mis planes y si intentaban detenerme me iba otra vez a las calles. Todavía estaba en ese lugar cuando una cierta señora simpatizó conmigo, me llevó a un lugar para rezar y hasta me dio unas bolsas de plástico para que las vendiera y ganara algún dinero de modo de seguir viviendo. Se ponía contenta cuando se enteraba de que yo había dejado las calles y que había empezado a ir a la escuela. Ahora ya no pienso como antes, porque los muertos no pueden volver a esta vida en que vivimos. Lo único que espero es tener un mejor futuro, con una esposa e hijos. A ellos les contaré lo que me pasó”.⁸

La probabilidad de sobrevivir a la humillación y el daño psicológico, y de abstenerse de efectuar actos de venganza aumenta cuando el individuo recibe ayuda para crear un espacio psíquico propio. El relato de Jean es un ejemplo de ello.

DEFORMACION DE LA EDAD

La deformación de la edad incluye aspectos de la perforación y de la creación de un espacio propio. Por “deformación” entendemos aquí tanto una “inversión” como una “distorsión”. Los sobrevivientes de un trauma infantil manifiestan no tener su edad cronológica. El hecho de afirmar que son mayores para pasar la selección puede darles un espacio psíquico real, una esperanza de sobrevivir; pero la necesidad de mentir carga de tensión al *self*. Sam me dijo: “En mi mente, yo tenía cien años, y tenía que ocuparme tanto de mí como de mi padre”.⁹ Anna, ya mencionada, expresaba con un grito la señal de angustia que se desencadenaba cuando pensaba en sus embarazos. Esta manifestación emocional puede significar un vínculo traumático con su experiencia en el vagón de ganado junto a la mujer con el bebé recién nacido, y también muestra que, en general, los sobrevivientes de un trauma infantil saltean su adolescencia y se vuelven adultos en su preconscious. De ahí que la idea de tener hijos genere nexos confusos entre distintas dimensiones temporales. Las historias

⁸ Entrevista de S. Kaplan en Kigali, Programa de Uppsala, 11 de enero de 2003.

⁹ Entrevista de seguimiento, S. Kaplan, 2001.

de vida fragmentarias indican la dificultad para vivir el pasado como algo que uno ha dejado atrás para seguir viviendo, la falta de una continuidad vital. Categorías subordinadas a éstas son la *despersonalización/atrofia emocional* y su opuesta, la *asunción de responsabilidades/precocidad*. Existen conexiones asociativas entre la perforación, la creación de un espacio propio y la deformación de la edad, que me han llevado a establecer un modelo conceptual (ver el Cuadro 1), el cual puede servir como instrumento analítico para el contenido de las historias traumáticas (Kaplan, 2002).

CUADRO 1. INSTRUMENTO ANALITICO PARA EL CONTENIDO DE LAS HISTORIAS TRAUMATICAS (Kaplan, 2002)

PERFORACIÓN	
INVASIÓN DE LOS SENTIDOS	Impresiones visuales, experiencias auditivas, absorción de la atmósfera, expresión facial, olfato y gusto
DESMEMBRAMIENTO	Se llevan al padre, cierran la escuela, destruyen la casa, los amigos los ignoran, la familia se divide, les cortan o afeitan el pelo
MARCACIÓN DEL CUERPO	Estrella de David en la ropa de los judíos, letra "t" en la cédula de identidad de los tutsis (o marcas en la piel), abuso
CREACIÓN DE UN ESPACIO PROPIO	
PENSAMIENTO/FANTASEO	Ilusiones, juegos, asignación de significado, preservación de la cultura, generar entusiasmo
PENSAMIENTO/ACCIÓN	Actividades propias, resistencia
DEFORMACIÓN DE LA EDAD	
DESPERSONALIZACIÓN/ATROFIA EMOCIONAL	Apatía
ASUNCIÓN DE RESPONSABILIDADES/PRECOCIDAD	Tener que hacerse cargo de los padres

QUÉ SE DICE Y CÓMO SE LO DICE: CONTENIDO Y AFECTO EN LAS ENTREVISTAS

En el curso de mi estudio presté cada vez mayor atención a las expresiones emocionales de los entrevistados. Los afectos, o la ausencia de su manifestación, me sirvieron como señales o guías. El *modo* en que los entrevistados decían las cosas, así como sus expresiones faciales, fueron para mí tan importantes en la comprensión de lo que les había sucedido como el *contenido* de lo que decían. Así, una red de fragmentos mnémicos y de afectos sirvió de base a una serie de hipótesis sobre la regulación del afecto que parece ser el aspecto esencial del proceso nuclear que genera el colapso. Estas hipótesis fundamentaron una teoría del desarrollo de los fenómenos psicológicos que he llamado *enlace de los traumas* y *enlace generacional*, y que se encuentra en una de las columnas del Cuadro 2; en la otra columna se hallan las diversas categorías de *regulación del afecto*. En síntesis, su significado es el siguiente: 1) La perforación y la creación de un espacio propio son elementos de las narraciones. 2) El enlace de los traumas y el enlace generacional constituyen, respectivamente, conexiones asociativas con esos dos elementos. 3) Dichas conexiones se fundan en la regulación del afecto por parte de los individuos.

El enlace de los traumas es, pues, una consecuencia psicológica de la perforación y significa que las experiencias traumáticas son “fácilmente evocadas” por asociación en la entrevista junto con sucesos de la vida diaria. Los sobrevivientes parecen tener una suerte de “duplicación” o “escisión vertical” del *self*. Su pasado y su presente están en compartimentos diferentes, sin conexiones asociativas; vale decir, el trauma sigue continuamente presente en un sector del *self* mientras la persona vive su vida corriente como si no la afectara.

El enlace generacional, paralelo a la creación de un espacio propio, significa que los entrevistados dirigen su atención a las personas y objetos significativos de su pasado y su presente que fortalecen su sensación de vivir en un contexto; también puede considerárselo un aspecto de la resiliencia. La contención del analista contribuye a aumentar la capacidad para la creación de un espacio propio y el enlace generacional. El analizando va perdiendo su temor a “abrir los canales” que conectan sus experiencias traumáticas con el curso “normal” de su vida. Una u otra de estas tendencias (al enlace de los traumas o al enlace generacional) puede predominar en distintas etapas de la vida, así como en distintos estadios del análisis del individuo.

CUADRO 2. DIAGRAMA DE LOS AFECTOS: HIPOTESIS SOBRE LA REGULACION DEL AFECTO Y LOS PROCESOS DE ENLACE DE LOS TRAUMAS Y ENLACE GENERACIONAL (Reproducido con autorización de Kaplan, 2005, pág. 176)

Enlace	Regulación del afecto				
	Evacuación del afecto	A Invasión del afecto	B Aislamiento del afecto	C Activación del afecto	D Simbolización del afecto
Enlace de los traumas (perforación)	<i>Enlace transportado.</i> La percepción del trauma puede provocar la <i>vengeanza</i>	A1 <i>Afecto como enlace.</i> Percepción del trauma: retraumatización, que puede manifestarse en el lenguaje corporal y la <i>repetición</i>	B1 <i>Enlace encapsulado.</i> Percepción del trauma: retraumatización, que puede originar somatización y <i>distanciamiento</i>	C1 La representación del trauma expresado verbalmente (pequeña perforación) puede llevar a un grado óptimo de <i>angustia</i>	D1 La representación del trauma expresado verbalmente (pequeña perforación) puede llevar a un (insuportable) <i>dolor</i>
Enlace generacional (creación de un espacio propio)	Creación de un espacio ilusorio. Demanda de rehabilitación personal. <i>Seudonormalización</i>	A2 Mínima creación de un espacio propio. <i>Pedido de ayuda.</i>	B2 Creación parcial de un espacio propio. <i>Control del trauma</i>	C2 <i>Normalización como enlace.</i> La mayor creación de un espacio propio puede llevar a <i>recuperar una vida normal</i>	D2 <i>Metáfora como enlace.</i> La creación flexible de un espacio propio puede llevar a la <i>creatividad</i>

El diagrama del afecto (Cuadro 2) muestra el proceso de enlace de los traumas y enlace generacional en cada individuo y nos indica la perspectiva temporal y el proceso que se da entre distintas categorías de afectos. En ciertas personas algunas categorías de afectos predominan sobre otras, por lo cual la transición del enlace de los traumas al enlace generacional es fluctuante. Lo ideal es que con el tiempo se desarrolle el enlace generacional de modo tal que, décadas después del Holocausto y del genocidio de Ruanda, este proceso prevalezca sobre el enlace de los traumas.

PREDOMINIO DEL ENLACE DE LOS TRAUMAS

Era observable la *invasión del afecto* (A) cuando el entrevistado expresaba francamente sus sentimientos, por ejemplo llorando o riendo como si estuviera sacudido por el pánico. Las imágenes mnémicas parecían entremezcladas con fuertes expresiones emocionales y se caracterizaban por la compulsión a la repetición. Un ejemplo es el grito desesperado de Anna (*pedido de ayuda*) cuando pensaba en sus abortos; estos afectos podían tener conexiones asociativas con traumas anteriores. El afecto es el nexo, lo cual es análogo al concepto de Klein (1975) sobre los “recuerdos en los sentimientos”. Si el sujeto está abrumado de afectos que sobrepasan el umbral del dolor psíquico aumenta el riesgo de psicosis por *implosión del afecto* con “ataques a los enlaces” (Bion, 1959). Los recuerdos son *borrados* (Laub, 2005, comunicación personal).

El *aislamiento del afecto* (B) se caracteriza por un relato distante con el cual la mayoría de los sujetos comienzan la entrevista. Cuentan la “historia conocida”, la que habitualmente relatan cuando alguien les pregunta. Puede tratarse de una posición totalmente clausurada, pero en el enlace generacional también puede significar que se controla el trauma, lo cual da cierto margen de acción. Podría pensarse qué sucede con los afectos si están totalmente encapsulados, por ejemplo qué consecuencias tendría esto en los estados crónicos. Quizá los afectos se manifiesten como síntomas físicos.

PREDOMINIO DEL ENLACE GENERACIONAL

La aceptación por el sujeto del hecho de ser entrevistado puede considerarse tanto un aspecto de la *activación del afecto* (C) como de la *simbolización del afecto* (D). El individuo se expone al riesgo de conmoverse y tal vez experimentar angustia y dolor al hablar de sus experiencias traumáticas. Prevalece el empeño por recuperar una vida “normal”, dejando atrás la identidad principal de “sobreviviente” y sintiéndose creativo. En tales circunstancias el entrevistado puede sentirse *más liberado del pasado*. Podríamos decir que el trauma no coexiste con él, contenido en un sector cerrado del *self*, sino que en cierta medida ha sido incluido, con una perspectiva temporal, en el decurso de la vida propia.

LA EVACUACION DEL AFECTO

El Cuadro 2 ilustra la evolución ideal desde un grado menor hasta uno mayor de integración (de A a D), pero en realidad, tanto en distintas etapas de la entrevista como en el proceso analítico y en las situaciones cotidianas, la regulación del afecto probablemente oscile entre la invasión y la simbolización. Cabe imaginar, por ejemplo, el pasaje durante la entrevista de la rigidez corporal y la mirada “perdida”, a un contacto visual “animado” y a descripciones corporales/metafóricas, para luego volver a una posible somatización. En resumen, la invasión y el aislamiento del afecto son defensas más primitivas, distorsionantes e ineficaces, en tanto que la activación y la simbolización son defensas más adaptativas y por consiguiente más eficaces.

¿En qué medida es posible lograr de manera duradera “abrir los canales” que vinculan las experiencias traumáticas con la vida “normal” posterior? Quizá sea conveniente hablar de los traumas tempranos, como es posible hacerlo hoy en Ruanda. A la vez, las fantasías de venganza (como en el caso de Jean) pueden quedar más expuestas y el riesgo de identificación proyectiva es grande –la proyección del sentimiento de humillación en el perpetrador a fin de crear una situación *seudonormal*. En el Cuadro 2, la evacuación del afecto (las proyecciones), que constituyen el nivel más primitivo del proceso de integración (o sea, cuando no la hay), aparece en la primera columna, grisada. Sin embargo, es posible que esta forma

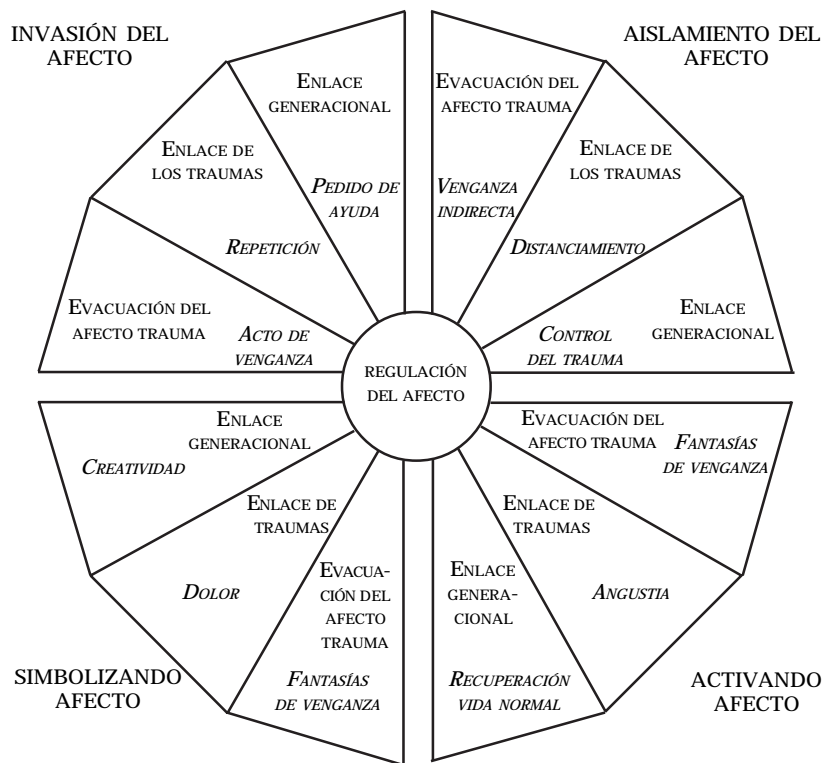
destruictiva de regulación del afecto deba estar *por detrás* de cada una de las categorías de afectos como uno de sus aspectos, según se ilustrará en la próxima sección relativa a este diagrama: la del *afecto propulsor*.

EL AFECTO PROPULSOR

Mediante una permanente teorización y el desarrollo del diagrama del afecto (Cuadro 2) es posible entender mejor los afectos relacionados a los traumas. A fin de destacar más claramente el proceso dinámico que tiene lugar en cada individuo (Kaplan, 2005), he escogido la figura de una “hélice propulsora” (Figura 1). Cada paleta helicoidal gira en torno de un punto central, que es la regulación del afecto. A su vez cada una se divide en tres niveles, correspondientes a los procesos de enlace basados en la categorización anterior. En cada paleta hay dos niveles de procesos vinculados con el trauma; uno de esos niveles es el de los procesos más destructivos de *evacuación del afecto* (venganza), en tanto que el otro es el del *enlace del afecto* (repetición y distanciamiento). El tercer nivel es el del *enlace generacional*, más constructivo. Las paletas giran en torno del eje y pueden permanecer separadas entre sí o superponerse unas a otras, según fluctúen las emociones. A veces predomina una categoría de afecto, a veces otra y hay situaciones en que se combinan. Tal vez ciertas modalidades de expresión fueron abandonadas porque se encontraron otras más adaptativas. La consulta puede iniciarse en cualquier nivel o “paleta”. En lo que sigue me ocuparé con más detalle de la evacuación del afecto del trauma para mostrar *los diferentes caminos que puede tomar la venganza*.

FIGURA 1. EL “AFECTO PROPULSOR” COMO INSTRUMENTO ANALITICO DE LA REGULACION DEL AFECTO EN CADA INDIVIDUO
(Reproducida con autorización de Kaplan, 2005, pág. 229)

A continuación traduzco las leyendas de la figura según los cuatro cuadrantes, en el sentido de las agujas del reloj. (*N. del T.*)



En la invasión del afecto, existe el riesgo de ser abrumado por sentimientos intolerables cuya consecuencia es un *acto de venganza*. Quien piensa en vengarse piensa en una “restauración personal” (Igra, 2001), la creación de un seudoespacio para llevar una vida “normal”. En los hechos, la víctima se convierte en perpetrador. En la categoría de aislamiento del afecto existe el riesgo de una *venganza indirecta*, como puede ser la “eliminación” del trauma huyendo al exilio o por vía psicológica. Se corre el peligro de caer en un comportamiento autodestructivo.

En la activación del afecto, existe el riesgo de que surjan *fantasías de venganza*, como cuando uno espera “recibir una satisfacción” (negativa), por ejemplo que un público escuche sus relatos traumáticos sin que haya lugar para la reflexión y quizá con el pensamiento concomitante “No pueden escapar” –como lo expresó un sobreviviente. En la simbolización del afecto podemos suponer que habrá un *deseo vengativo* de alcanzar a un público más amplio, por ejemplo escribiendo un libro sobre las propias experiencias que estará dirigido, en la intención del autor, a los perpetradores. Esos actos pueden tener al mismo tiempo otra faceta: la de “compartir el dolor” poniendo el acento en que “todos están involucrados” en el genocidio; o sea que éste es un problema mundial. Es esencial subrayar que en el deseo del sobreviviente de compartir sus sentimientos quizás haya, a la vez, un afán sano de encontrar alivio hallando individuos que lo quieran escuchar y dar testimonio de sus experiencias. A mi entender, esto es lo contrario de la venganza como paso para vivir en un contexto de enlace generacional. Según Herman (1992), este fenómeno expresa la voluntad de la víctima de que sus interlocutores compartan su dolor.

Aunque tenemos bien presente que un modelo conceptual es siempre una versión simplificada de la realidad, puede constituir una herramienta analítica, en su carácter de foco temporario actual de la regulación del afecto de un sujeto como parte del proceso traumático. En su conjunto, el “afecto propulsor” puede verse asimismo como distintas expresiones de la regulación del afecto en un trauma, e ilustra la complejidad que reviste la regulación del afecto para las víctimas. Cabe esperar que a largo plazo los enlaces traumáticos sean “cubiertos” y pasen a prevalecer los procesos de enlace generacional.

Al parecer los actos y fantasías de venganza se dan por supuestos y por ende rara vez se los somete a estudios comparativos y a la descripción psicoanalítica, en especial porque están muy presentes y

muy difundidos en el *acting out* violento. Por lo tanto, es indispensable investigar las condiciones que llevan a abstenerse de ejercer venganza (Böhm y Kaplan, en prensa).

CONCEPTOS GENERADOS EN RELACION CON LA FORMACION DE LA TEORIA CONTEMPORANEA

Para el estudio de las emociones humanas es preciso integrar las perspectivas de disciplinas estrechamente conectadas entre sí (Schoore, 1994) y puede ser útil comparar los conceptos que ese estudio genera con los ya establecidos.

Vínculo entre la “perforación” y los conceptos establecidos

Anzieu (1989) señala que un dolor intenso crónico puede trastornar el aparato psíquico, poner en peligro la integración del cuerpo y la psique, y perturbar la capacidad de desear y de pensar. El concepto de perforación se vincula con la teoría de Anzieu cuando destaca la fructífera metáfora de Freud (1920) de una herida o pinchadura en la *protección psíquica*, una hemorragia interna resultante de un trauma psíquico. Hoy existe consenso en cuanto a que el concepto de trauma carece de un significado claro y bien definido y es utilizado para designar diferentes experiencias de tensión psíquica. Krystal (1978) pone de relieve los efectos secundarios sobre las funciones afectiva y simbólica. Cada vez se acepta más que los recuerdos no se almacenan de una manera estática sino cambiante. Dos conceptos centrales de las actuales investigaciones son la *simbolización* y la *mentalización*, entendidas como procesos mentales que transforman las experiencias corporales/afectivas en representaciones mentales (Varvin, 2003). La vulnerabilidad de los niños a un cambio en la atmósfera que los rodea incluye la confrontación con una expresión atemorizada y agresiva en el rostro de la madre que se imprime en el niño y más tarde reaparece como un *recuerdo incandescente*, según ha investigado ampliamente Schoore (2003a). Este autor se refiere también a estudios clínicos que destacan el posible nexo existente entre las experiencias traumáticas infantiles y la disociación somatiforme del trastorno crónico por estrés postraumático (PTSD) (Schoore, 2003b). Sin embargo, la pertinencia del diagnóstico de PTSD ha sido muy cuestionada. Según Summereld (1998), no debe estigmatizarse a los niños afectados por la guerra como

si sufrieran un daño permanente. Pero en la definición del PTSD ha habido un cambio de foco. Hoy esta designación no se aplica tanto al suceso traumático en sí, sino a lo que el individuo que aporta a él, así como a lo que experimenta luego (Schoore, 2003a). Esto coincide con los resultados del amplio estudio llevado a cabo por Keilson (1992) sobre sobrevivientes de traumas infantiles.

Vínculo entre la “creación de un espacio propio” y los conceptos establecidos

Hay un creciente interés por desarrollar modelos de pensamiento sobre el *espacio mental*, o la manera de transformar las percepciones en contenido psíquico. Teóricos de diversas corrientes han examinado el desarrollo del pensar y su conexión con la búsqueda activa, por parte del niño, de un objeto que le brinde contención (Bion, 1967), la importancia de los fenómenos transicionales (Winnicott, 1971) y de la piel como punto de partida de las teorías sobre el pensar (Bick, 1968; Anzieu, 1989), así como de que el niño se vincule afectivamente con la persona que lo atiende –la teoría del vínculo, muy relevante en este aspecto (Bowlby, 1988; Schoore, 1994; Fonagy et al., 2002). Winnicott (1971) señala que el objeto transicional constituye una defensa contra la angustia y esto puede compararse con las ideas de Segal (1957) y Modell (1993) sobre la angustia como telón de fondo de la simbolización. El uso de objetos puede ser significativo por la necesidad de “aferrarse” (Bick, 1968). Ese “algo a lo que uno se aferra” se construye inconscientemente de modo tal de fortalecer el sentimiento de ser una persona integrada, “contenida” (Bion, 1967), que no se “desarma” ante la persecución de las imágenes mnémicas provenientes del trauma. Este parece ser un fenómeno de gran valor para la supervivencia. Se generan enlaces para conectar todo lo que sustenta al *self* con el sentido de la propia existencia; éste es, pues, un aspecto fundamental de la creación de un espacio propio y del enlace generacional.

Winnicott (1971) se refirió a una zona psíquica potencial que sirve de puente entre el aislamiento respecto de la madre y la proximidad a ésta. Distingue entre el uso del objeto como elemento tranquilizador (un fuerte vínculo con la madre) y proveedor de calma (el objeto transicional). La creación de un espacio propio y el uso, por parte del niño, de objetos de enlace puede incluir la simbolización (enlace creativo con el objeto/madre) y distintos procesos fetichistas (afe-

rrarse al objeto con angustia). Los objetos pueden usarse en un movimiento de oscilación que se caracteriza por las experiencias del período infantil de seguridad, por un lado, y la situación traumática de prolongada separación de la madre, por el otro. Las fantasías de objetos vistos a la distancia (como en el árbol que fantaseaba Edith) pueden crear –desde una dimensión de *conexión*– un espacio que, partiendo de la simbolización, una y resuelva las contradicciones, según aportó Winnicott. También el fetiche puede considerarse la creación de un espacio propio, pues disminuye la angustia del aferramiento, el control del objeto, por ejemplo cuando la víctima lo sostiene fuertemente en la mano o en la boca e incluso a veces se lo traga.

Mis entrevistados parecían haber tenido buenas relaciones tempranas con sus padres y muy probablemente fueron capaces de crear objetos simbolizantes (transicionales). No obstante los buenos objetos simbolizantes pueden ser destruidos o convertidos en fetiches si la madre no vuelve a tiempo, antes de que el anhelo por ella se transforme en trauma. Por lo tanto, la única función del objeto es brindar al niño una cierta protección contra la angustia causada por la frustración. Que el objeto simbolizante genere uno u otro fenómeno psicológico depende del tiempo que la madre estuvo ausente (Deri, 1978). Elías, que entonces tenía trece años, recuerda:

“... cómo juntábamos las cosas que considerábamos más importantes. [...] Yo tenía una pequeña joya o como se la llame. En realidad no era una joya, sino un calendario con una cadenita que se colgaba del cuello. Parecía un collar. Fue lo único que me llevé y lo tuve conmigo todo el tiempo en el camino hacia Auschwitz. Pero es la única pertenencia de la que tengo un claro recuerdo”.¹⁰

Esa “joya” puede haber operado como un fetiche con posible valor simbólico (Winnicott, 1971), y haber sido un nexo con su propio cuerpo, el cuello (Ferrari, 2004) y con su vida anterior. La hipótesis de Ferrari destaca el papel fundamental del cuerpo para el desarrollo y realización de las funciones mentales.

Fonagy (1998) afirma que como consecuencia de los cuidados

¹⁰ Entrevista realizada por la Fundación Historia Visual de los Sobrevivientes de la Shoah, Estocolmo, Suecia, 17 de abril de 1997, Cinta 1, 15:10:05–21:07:20.

normales de los niños durante la infancia, con sus inevitables deficiencias, en todos nosotros existe un “self alienado”, habitualmente escondido bajo otras imágenes de nosotros mismos que creamos a partir de nuevas experiencias positivas. Ese *self* alienado se torna muy peligroso cuando posteriores sucesos traumáticos en la familia o el medio que rodea al niño obligan a éste a disociar o escindir una parte del dolor experimentado mediante la identificación con el agresor. En estos casos, las deficiencias encubiertas de la crianza – los espacios vacíos – serán llenadas con imágenes del agresor y el niño se vivirá a sí mismo como un ser destructivo, a veces monstruoso. El comportamiento brutal de los objetos vinculares genera gran vergüenza; imagino que esto se aplica también a los vecinos más inmediatos, extensión de la red propia, como lo muestra el relato de Jean. Las deficiencias de la crianza temprana pueden generar en el niño una vulnerabilidad muy destructiva si sus experiencias posteriores son muy desfavorables, sea bajo la forma de una mentalización fallida o del empeño por no sentir el desvalimiento (Fonagy et al., 2002).

Vínculo entre la “deformación de la edad “ y los conceptos establecidos

Un traumatismo extremo daña el concepto del tiempo y la función de la memoria relacionada con el tiempo. Es como si el trauma no hubiera sucedido mucho tiempo atrás sino que se repitiera día tras día. Laub y Auerhahn (1993) muestran cómo “se recuerdan los fragmentos del pasado sin que el individuo sepa que el ‘yo’, o el sujeto que experimentó eso, es diferente del que ahora lo recuerda. [...] En el momento de la rememoración los dos se confunden y no hay un self reflexivo” (pág. 291). El pasado y el presente existen en forma simultánea en el *self* de la experiencia, lo cual coincide con las impresiones que recogí en mi estudio. Winnicott (1984) señala que los sobrevivientes de traumas infantiles preservan las características pertenecientes al llamado “período de latencia” o bien retornan a esos valores luego de un imperceptible intento por alcanzar un nivel de desarrollo más maduro. Grubrich-Simitis (1984) se centra en la capacidad del Yo para utilizar metáforas así como en la que tiene para estructurar el tiempo en pasado, presente y futuro. Varias historias de vida incluyen recuerdos relativos a la vulnerabilidad de la madre ante la conmovición producida por los allanamientos de las casas, las

redadas y las deportaciones. “Mi madre se paralizó”, “...se quedó muda”, “...estaba totalmente perdida”, “...ciega” me dijeron cuatro de mis entrevistados. Es muy posible que el desarrollo psíquico de los niños, sobre todo de los que fueron objeto de persecuciones, se complique, en especial si los lazos vinculares tempranos eran débiles (Bowlby, 1988). Además, en los países donde prevalecen continuos conflictos políticos, los padres que a su vez sobrevivieron a sus propios traumas infantiles corren más riesgo de transferirlos a la siguiente generación, a través de la súbita interrupción de la trama natural de emociones que incluyen al niño. Esto fue analizado por Faimberg (1988). Schore (2003a) destaca los efectos que tienen sobre los sistemas de superación del niño en proceso de maduración, las interacciones con las personas que los atienden, interacciones que regulan y desregulan el estrés. Tanto el nazismo como el régimen de los hutus en Ruanda atacaron la reproducción por vía de las violaciones, los experimentos y las torturas. Los fenómenos expuestos parecen ir de la mano con la angustia que provoca la procreación y el hecho de ser padre o madre.

La “regulación del afecto” y la “memoria” a la luz de los conocimientos científicos interdisciplinarios

“Todas las descripciones fenomenológicas del trauma se refieren a una perturbación de la afectividad pero el papel preciso del afecto [...] no es claro”, subraya Krystal (1988). Los afectos pueden ser un “aglutinante” o algo que “proporciona energía” al ligar y facilitar la formación de enlaces. Mediante este proceso se genera nuestro mundo psíquico temprano y puede decirse que los procesos afectivos conforman el núcleo del *self*. La práctica clínica ha demostrado que las personas que no tienen acceso a sus afectos no parecen tener la capacidad de integrar sus vivencias en una experiencia cohesiva de su propia historia y de su *self*. La capacidad de simbolización es, tal vez, la base del pensar y de la creatividad. Segal (1957) pone de relieve que mediante la formación de símbolos lo interno es unido e integrado a lo externo, según sucede con el *self* y los otros significativos o con las experiencias tempranas y las posteriores. Para esta autora, la formación de símbolos es una actividad en la que el Yo procura tramitar la angustia que se genera en su relación con el objeto. Modell (1990) desarrolla las categorías de afectos que así se suscitan:

“Los aspectos escindidos del self giran en torno de recuerdos afectivos específicos de la interacción traumática entre el self y el otro. [...] El self- víctima y el self-agresor son aspectos escindidos del self que han sido internalizados” (pág. 46).

Al igual que Segal, Modell (1993) afirma que la simbolización significa que la persona ha podido elaborar sus experiencias y tramitar la angustia a través de una recategorización de sus recuerdos traumáticos. Emde (1999) describe los períodos de transición de la niñez temprana y esclarece en particular los procesos en los que los afectos promueven conexiones integradoras. El grado de integración del trauma determina, según Matthis (2000), si las huellas mnémicas han de seguir el camino de la expresión corporal o del contenido del pensamiento.

Así pues, la regulación del afecto es un principio organizador central del desarrollo y la motivación humanos. La pérdida de la capacidad de integrar los sentimientos e impulsos es posiblemente el efecto más notable del trauma y del abandono (Van der Kolk y Fisler, 1994). Lo que interesa es ver de qué manera las pautas tempranas de adaptación del individuo evolucionan hasta convertirse en sus pautas posteriores o sea en su sistema de superación (Cicchetti, 1994, citado en Schore, 2003a). El hemisferio derecho del cerebro tiene un papel central en el control de las funciones vitales que contribuyen a la supervivencia y a la superación del estrés (Wittling y Schweiger, 1993, citado en Schore, 2003a; Schore, 1994). De acuerdo con Tutté (2004), los hallazgos recientes más útiles al respecto provienen de los estudios de la neurociencia sobre las estructuras encefálicas vinculadas con la emoción y la memoria. Destaca que las concepciones actuales de la memoria la consideran un conjunto de sistemas múltiples separados –marca la diferencia entre la memoria declarativa y la no declarativa o de procedimiento– y señala que “hoy es indiscutible que existe una tajante diferencia entre lo que puede pensarse, representarse en imágenes o ponerse en palabras y lo que se inscribe en procedimientos cargados de afecto, o esquemas afectivo-motores” (Davis, 2001, citado en Tutté, 2004, pág. 912). Nathanson (1994) pone de relieve que todos contamos con mecanismos de afecto innatos relativamente similares, así como con formas “singulares” de comprender o “recordar” nuestras experiencias de los afectos innatos: “Muy pronto, a medida que el niño en crecimiento acumula experiencia, sus afectos se entrelazan con la memoria”

(pág. 50). Apunta que, como consecuencia de ello, un interlocutor necesita conocer la historia de nuestras experiencias afectivas, pero también nosotros necesitamos saber cómo influye la memoria en la percepción de las emociones actuales. Pally (1997, 2000, quien cita a Tulving y Thompson, 1973) describe la codificación de un suceso y los factores subsiguientes que favorecen la activación de su recuerdo y sostiene que el efecto de la excitación emocional sobre la codificación es mediado por la activación de la hormona del estrés de la amígdala (cortisol, etc.). Según esta autora, lo que facilita la recuperación del recuerdo es la similitud que existe entre la situación en que se produce la recuperación y aquella en que se produce la codificación. De ahí que la memoria dependa del estado emocional: es más probable que un sujeto recuerde un suceso que ha codificado cuando estaba triste en otro momento en que también se sienta triste.

Modell (1990) le da un sentido más universal al concepto freudiano de *Nachträglichkeit* (*après-coup*, con posterioridad). La memoria no es como una grabación cerebral permanente en una cinta, que reproduce el suceso real, sino más bien una reconstrucción dinámica que tiene su origen en el contexto y se crea con ayuda de determinadas categorías. La interpretación neurobiológica de este concepto lo confirma.

El hecho de que alguien no sea capaz de recordar un suceso específico puede deberse a que no ha percibido el indicador de recuperación mnémica que trae a la vida a ese recuerdo en particular (Schacter, 1996). Si uno es incapaz de trasladar las experiencias traumáticas a la fase de desarrollo en la que se encuentra, aquéllas quedan sin ser asimiladas (Emde, 1999). El sujeto no las contiene porque es incapaz de darles un sentido. La consecuencia probable es una repetición en su próxima fase de desarrollo.

En resumen, por un lado tenemos la repetición de fragmentos mnémicos invasivos asociados a sensaciones/afectos corporales y que pueden ser desencadenados por indicadores actuales y por el otro el proceso de rememoración del individuo traumatizado que tuvo la posibilidad de verbalizar (simbolizar) el hecho traumático y dejarlo atrás. Esto es comparable a lo que ocurre con la memoria de procedimiento implícita y con la memoria semántica declarativa y explícita, respectivamente (Tutté, 2004). La frase corriente “invasión de la memoria” se vuelve así un contrasentido: debería hablarse de “invasión de los afectos”.

Viñeta clínica que ilustra el “afecto propulsor”

Max, un niño en su período de latencia, fue adoptado a los tres años de edad. Debido a súbitos estallidos violentos, se le indicó tratamiento psicoanalítico, que realizó a razón de cuatro sesiones por semana. En sus primeros años de vida había sufrido traumas profundos en diversos orfanatos, donde fue abusado en reiteradas ocasiones. Cuando sus padres adoptivos lo vieron por primera vez tenía “toda la espalda azul y negra”.

En sus primeras sesiones, Max puso de manifiesto su *aislamiento de afecto* subrayando: “No quiero recordar, quiero olvidar”. Simultáneamente, en repetidas oportunidades comunicó su estado psíquico con movimientos corporales y comentarios sobre sus percepciones sensoriales. Dijo “Estoy recalentado”, probablemente como expresión de la *invasión del afecto* provocada por el marco psicoanalítico. En una sesión concurrió vestido con un suéter que tenía una capucha; se lo sacó y se lo puso al revés, de modo que la capucha le cubriera el rostro; luego se dio vuelta frenéticamente en el diván y dijo en voz alta: “Tengo problemas para salir de esta colmena... Me gustan las abejas pero no el ruido que hacen” y agregó que escuchaba “sonidos superpuestos”. Le pregunté en qué consistían y me respondió que “hacen doler el cuello”. Probablemente estaba poniendo en acto su desesperación por ser encerrado, como si estuviera ciego pero escuchara todos los ruidos del mundo interno y externo (las abejas zumbando dentro de su capucha), encapsulados recuerdos auditivos de sus traumas tempranos almacenados en su cuerpo. Trataba de dejar fuera los afectos vinculados a los traumas pero no podía. Además, cuando dijo que le gustaban las abejas es posible que aludiera a algún objeto de enlace de su mundo interno que lo hacía sentirse creativo.

En la sesión siguiente, Max fue más explícito y mostró tendencias a la *simbolización del afecto*. Me contó en detalle algo que había sucedido en la escuela el día anterior. Era “lo peor que me pasó nunca”, manifestó. Se había encontrado con su amigo A y con su peor enemigo, B. Este último había dicho que A “tenía inteligencia normal” pero que la de Max era “como la de una gaviota”. Mientras me relataba las palabras de B, Max se fue trastornando cada vez más, hasta que exclamó: “¡Lo odio, voy a matarlo!” Por un lado, parecía desarrollarse una transferencia positiva, un proceso de *enlace generacional*: su confianza en las posibilidades del análisis que yo llamo

activación del afecto. Max verbaliza su preocupación y muestra su vulnerabilidad. Por otro lado, quiere “matar” a su enemigo, con lo cual expresa la *evacuación del afecto.*

En las sesiones siguientes trajo dos figuras de material plástico y las colocó en el diván. Dio un golpe sobre la colcha que cubría el diván y las figuras se tumbaron, mientras él se reía burlón. La misma secuencia se repitió durante las próximas dos semanas. Parecía estar produciéndose el *acting out* de las fantasías de venganza, un *enlace de los traumas.*

En una sesión previa a la interrupción del fin de semana, Max no quiso dejar el consultorio. Le recalqué que ya habían pasado los 45 minutos. “¡Cuarenta y cinco minutos! –repitió– ¿No puedo quedarme una hora?” Su interés por el análisis había aumentado y le inquietaba que yo debiera fijar límites. Percibí sus palabras como un *pedido de ayuda.* A partir de entonces comenzó un período en el cual se dedicó a investigar el consultorio en forma concreta y en reiteradas ocasiones. Hora tras hora se paraba sobre el diván para palpar las paredes y se ponía mal cada vez que sentía una protuberancia o irregularidad. A algunos lugares los palpó más de una vez, como para asegurarse de que la irregularidad seguía estando. En una sesión me dijo que las paredes del consultorio debían ser lisas y estar aisladas de los ruidos. Le pregunté qué quería decir con eso; me contestó, de un modo bastante ambivalente: “Entonces yo podría sentir los ruidos de mi cabeza y eso no sería tan lindo”.

A mi entender, al principio Max mostró el corte de los enlaces generacionales: no hubo dibujos, ni juegos y rara vez decía algo. Al mismo tiempo, mostró su anhelo de creación de un espacio propio y de ser “contenido” dentro de un marco seguro y corrió el riesgo de sentir la angustia relacionada con los ruidos de su cabeza y encontrar un lenguaje para sus afectos (*simbolización del afecto*). Su forma de presentarse ante mí destaca la hipótesis de Ferrari (2004), para quien el cuerpo tiene un papel fundamental en la concreción de las funciones psíquicas. En Max habían quedado impresos ruidos y rostros aterradores. Para citar a Klein, “Al retrotraer el análisis a la primera infancia le permitimos al paciente revivir situaciones fundamentales” (1975, pág. 234). A esta revivencia ella la llama “recuerdos en los sentimientos”. El vaivén de los afectos es claro, así como la falta de capacidad para la autorregulación emocional (Toth y Cicchetti, 1998). Max lucha contra su sensación de estar “recalentado”, asociada a la humillación y a la vez ansía la presencia de una figura vincular

que le dé esperanzas acerca del predominio futuro de los procesos de enlace generacional.

CONCLUSIONES

Los crecientes traumatismos que sufren los niños en distintas zonas del mundo en que se libran guerras –y, según sabemos, en ellas la población civil no sólo es víctima sino que además es usada con fines estratégicos– nos dan buenos motivos para mejorar nuestras teorías sobre las secuelas que padecen las víctimas en materia de regulación del afecto. Destaco la importancia de no quedarse en la escucha de los casos individuales, cada uno de los cuales es único, y de elevarse (mediante la teoría) más allá de lo que se escucha y siente frente al individuo traumatizado, de modo de darle a nuestro espacio mental la posibilidad de mejorar nuestros conceptos y enfoques.

Con ayuda de la “teoría fundada en el método” me he visto llevada a “pensar conceptualmente” estos fenómenos psicológicos. He llegado a entender cómo se conectan entre sí diferentes fenómenos de regulación del afecto en el individuo y cómo, dentro del marco de una teoría incipiente sobre los afectos vinculados a traumas, se van construyendo los conceptos uno a partir del otro. Cada individuo presenta variantes en cuanto a la invasión del afecto, su aislamiento, su activación y su simbolización, y según los caminos que se sigan, la venganza puede adoptar la forma más destructiva de enlace de los traumas: la de la evacuación del afecto traumático. Así pues cada fase de una entrevista o sesión clínica presenta variantes en la capacidad de simbolización. Nuestra idea del “afecto propulsor” pretende ilustrar la dinámica de estos procesos. Puede considerarse a este modelo un instrumento analítico, en su carácter de foco temporario actual de la regulación del afecto de un sujeto como parte del proceso traumático. Asimismo, las distintas expresiones de la regulación del afecto en un trauma muestran la complejidad que reviste este proceso para las víctimas.

Quiero subrayar especialmente la importancia que tiene para los niños traumatizados la creación de un espacio psíquico propio donde puedan entregarse a toda clase de pensamientos. Si la víctima logra reelaborar sus sentimientos de venganza puede modificar la imagen que tiene de sí misma y también su actitud ante el mundo circundante. Para sentirse más liberado del pasado es preciso poner en palabras la

furia y las fantasías vengativas y para tener una imagen más clara de lo acontecido es preciso simbolizarlo. Las experiencias de vida tempranas, así como las inmediatamente posteriores a los traumas, parecen tener más importancia, en lo tocante a la recuperación, que el tipo de trauma sufrido (Keilson, 1992).

La mentalización puede cambiar la imagen de sí y las propias actitudes. A fin de reducir la conducta movida por la angustia es menester recurrir a la simbolización. Esta tarea psicológica puede ser llevada a cabo por legos si es necesario (en los países pobres) pero también puede efectuarse dentro de un encuadre profesional. Ambos trabajos son indispensables. Crear un espacio propio donde expresar toda suerte de pensamientos es importante para eliminar el terreno en que se nutre el extremismo político. Además, si se quiere evitar el peligro de una destructiva escalada en espiral de la venganza, importa identificar la manipulación a que someten los activistas políticos a grupos de niños y jóvenes vulnerables que terminan siendo víctimas traumatizadas. Desde esta perspectiva, debemos estar atentos a las humillaciones que pueden transferirse de una generación a la siguiente y a sus consecuencias.

Una conclusión general de este estudio es que las experiencias traumáticas del pasado no se perpetúan como recuerdos, en el sentido habitual de la palabra, sino como afectos que invaden el presente. En consecuencia, los que cuentan la historia de tales experiencias son los afectos. La teoría incipiente aquí expuesta es un conjunto unitario que puede servir como instrumento analítico básico para una mejor comprensión de los niños y jóvenes afectados por procesos traumáticos extremos.

BIBLIOGRAFIA

- ANZIEU, D. (1989) *The skin ego*. New Haven, Yale University Press.
- BICK, E. (1968) "The experience of the skin in early object relations". *Int. J. Psychoanal.*, 49: 484-86.
- BION, W. R. (1959) "Attacks on linking". *Int. J. Psychoanal.*, 40: 5-6.
- (1967) *Second thoughts: Selected papers on psychoanalysis*. Londres: Heinemann. 150.
- BOWLBY, J. (1988) *A secure base: Parent-child attachment and healthy human development*. Nueva York, Basic Books.

- BÖHM, T. Y KAPLAN, S. (en prensa) *Hämnd-och att avstå från att ge igen* [Venganza y abstención de la represalia]. Estocolmo, Natur och Kultur.
- DERI, S. (1978) "Vicissitudes of symbolization and creativity". En Grolnick, A.S. y Barkin, L. (eds.), *Between reality and fantasy. Transitional object and phenomena*, págs. 43-60. Nueva York, Aronson.
- DWORK, D. (1991) *Children with a star. Jewish youth in Nazi Europe*. New Haven, Yale University Press.
- EMDE, R. N. (1999) "Moving ahead: Integrating influences of affective processes for development and for psychoanalysis". *Int. J. Psychoanal.*, 80: 317-39.
- FAIMBERG, H. (1988) "The telescoping of generations: Genealogy of certain identifications". *Contemp. Psychoanal.* 24: 99-118.
- FERRARI, A. B. (2004) *From the eclipse of the body to the dawn of thought*. Londres, Free Association Books.
- FONAGY, P. (1998) "Attachment, the Holocaust and the outcome of child psychoanalysis: The third generation". Trabajo presentado en el 3^{er} Congreso de la Federación Europea para la Psicoterapia Psicoanalítica en el Sector Público, Colonia, Alemania, 28 de marzo.
- FONAGY, P.; GERGELY, G; JURIST, EL; TARGET, M. (2002) *Affect regulation, mentalization and the development of the self*, New York, NY: Other Press, 577 p.
- GERGELY, G., JURIST, E. L. Y TARGET, M. (2002) *Affect regulation, mentalization and the development of the self*. Nueva York, Other Press.
- FREUD, S. (1920) Beyond the pleasure principle. *SE*, Vol. 18, págs. 7-64.
- GLASER, B. G. (1978) *Theoretical sensitivity: Advances in the methodology of grounded theory*. Mill Valley, Sociology Press.
- GRUBRICH-SIMITIS, I. (1984) "From concretism to metaphor: Thoughts on some theoretical and technical aspects of the psychoanalytic work with children of Holocaust survivors". *Psychoanal. Study Child*, 39: 301-19.
- HERMAN, J. (1992) *Trauma and recovery: The aftermath of violence-From domestic abuse to political terror*. Nueva York, Basic Books.
- HUMAN RIGHTS WATCH (2003) "Rwanda's lasting wounds: Consequences of genocide and war for Rwanda's children", autor S. Rakita, Vol. 15, No. 5 (A). Puede consultarse en hrw.org/reports/2003/rwanda0403.
- IGRA, L. (2001) *Den Tunna Hinnan* [La delgada membrana]. Estocolmo, Natur och Kultur.
- KAPLAN, S. (2000) "Child survivors and childbearing: Memories from the Holocaust invading the present". *Scand. Psychoanal. Rev.*, 23: 249-82.
- (2002) "Children in the Holocaust—Affects and memory images in trauma and generational linking". Departamento de Educación, Universidad de Estocolmo.

- (2005) *Kindheit im Schatten von Völkermord-Massives seelisches Trauma in der Kindheit und seine Folgen* [Los niños bajo la sombra del genocidio. Traumas psíquicos masivos en los niños y sus consecuencias]. Nierstein, latros.
- KEILSON, H. A. (1992) *Sequential traumatization in children*. Jerusalén, Magnes Press.
- KLEIN, M. (1975) *The writings of Melanie Klein, Vol. 3: Envy and gratitude and other works, 1946-1963*. Londres, Hogarth.
- KRYSTAL, H. (1978) "Trauma and affects". *Psychoanal. Study Child*, 33: 81-112.
- (1988) *Integration and self-healing: Affect, trauma, alexithymia*. Hillsdale, Analytic Press.
- LAUB, D., AUERHAHN, N. C. (1993) "Knowing and not knowing massive psychic trauma: Forms of traumatic memory". *Int. J. Psychoanal.*, 74: 287-302.
- MATTHIS, I. (2000) "Sketch for a metapsychology of affect". *Int. J. Psychoanal.*, 8: 215-27.
- MELVERN, L. (2000) *A people betrayed: The role of the West in Rwanda's genocide*. Londres, Zed Books.
- MODELL, A. H. (1990) *Other times, other realities: Toward a theory of psychoanalytic treatment*. Cambridge, Harvard University Press.
- (1993) *The private self*. Cambridge, Harvard University Press.
- NATHANSON, D. L. (1994) *Shame and pride: Affect, sex and the birth of the self*. Nueva York, Norton.
- PALLY, R. (1997) "Memory: Brain systems that link past, present and future". *Int. J. Psychoanal.*, 78: 1223-34.
- (2000) *The mind-brain relationship*. Nueva York, Other Press.
- RUBOVITS-SEITZ, P. F. D. (1998) *Depth-psychological understanding: The methodologic grounding of clinical interpretations*. Hillsdale, Analytic Press.
- SEGAL, H. (1957) "Notes on symbol formation". *Int. J. Psychoanal.*, 38: 391-97.
- SCHACTER, D. L. (1996) *Searching for memory: The brain, the mind and the past*. Nueva York, Basic Books.
- SCHORE, A. N. (1994) *Affect regulation and the origin of the self. The neurobiology of emotional development*. Hillsdale, Erlbaum.
- (2003a) *Affect dysregulation and disorders of the self*. Nueva York, Norton. Schore AN.
- (2003b) *Affect regulation and the repair of the self*. Nueva York, Norton.
- STAUB, E. (1989) *The roots of evil: The origins of genocide and other group violence*. Cambridge, Cambridge University Press.

SUZANNE KAPLAN

- SUMMERELD, D. (1998) "Children affected by war must not be stigmatised as permanently damaged" [carta]. *Br. Med. J.*, 317: 249.
- SURVIVORS OF THE SHOAH VISUAL HISTORY FOUNDATION [Internet] ©2005 (cita del 15 de mayo de 2006) Puede consultarse en <http://www.usc.edu/vhi>.
- TUTTÉ, J. C. (2004) "The concept of psychical trauma: A bridge in interdisciplinary space". *Int. J. Psychoanal.*, 85: 897-921.
- TOTH, S. C. Y CICCHETTI, D. (1998) "Remembering, forgetting, and the effects of trauma on memory: A developmental psychopathologic perspective". *Dev. Psychopathol.* 10: 589-605.
- VAN DER KOLK, B.A. Y FISLER, R. E. (1994) "Childhood abuse and neglect and loss of self-regulation". *Bull. Menninger Clin.*, 58: 145-68.
- Y FISLER, R.E. (1995) "Dissociation and fragmentary nature of traumatic memories: Overview and exploratory study". *J. Trauma Stress*, 8: 505-25.
- VARVIN, S. (2003) *Mental survival strategies after extreme traumatisation*. Copenhage, Multivers Academic.
- WINNICOTT, D. W. (1971) *Playing and reality*. Londres, Tavistock.
- (1984) *Deprivation and delinquency*. Londres, Tavistock.

Suzanne Kaplan
Tomtebogatan 17, S-113 39
Estocolmo
Suecia